



NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

CAPÍTULO VII

Nuestra Señora de la Nube en Quito

De varias y significantes maneras ha atestiguado la Santísima Virgen haber acogido bajo su protección al Ecuador, que desde el tiempo del presidente mártir, D. Gabriel García Moreno, es honrado con el título de República del Sagrado Corazón. Las venerandas imágenes del Quinche, Guápulo, el Cisne y otras manifiestan esta verdad. Pero la prueba más evidente es la célebre aparición de Nuestra Señora de la Nube, verificada el 30 de Diciembre de 1696 en la misma ciudad de Quito (1). He aquí cómo refirieron el hecho ilustres y sabios testigos en el proceso levantado por la Autoridad eclesiástica.

Á fines de 1696 hallábase gravemente enfermo de pulmonía uno de los más preclaros Obispos de Quito, el Ilmo. Sr. Dr. D. Sancho de Andrade y Figueroa. Los médicos, después de agotar los recursos de la ciencia, se declararon impotentes para curar el mal, y ordenaron que el ilustre paciente recibiera los santos sacramentos, como lo hizo con edificación de todos el viernes 28 de Diciembre del citado año.

El Ilmo. Sr. Andrade era muy querido de su pueblo por las dotes de inteligencia, prudencia, caridad y de-

(1) Muchos de estos datos los debo al M. R. P. Mariano Arbós, ilustre miembro de la Orden Seráfica, que vive en el convento de Descalzos de Lima y que fué secretario muchos años del Ilustrísimo Sr. Fray José María Masía, Obispo de Loja en el Ecuador.

más virtudes que le adornaban. Un cronista hace de él el siguiente elogio: «fué este prelado vigilantísimo en su gobierno, y especialmente en las visitas; destruyó vicios, reformó costumbres, puso en gran disciplina los monasterios. Son admirables los autos de buen gobierno que proveyó y constan en varias iglesias y lugares del Obispado» (1).

Profundamente contristados los habitantes de Quito por la dolencia de su Pastor, acordaron hacer violencia al cielo por medio de ardorosas súplicas. Y para que éstas resultasen más eficaces, pusieron por intercesora á la Virgen Santísima. Había entonces en el pequeño pueblo de Guápulo una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, copia de la célebre imagen española del mismo nombre, y á la cual los fieles profesaban tierna devoción por los muchos prodigios que obraba. El 29 de Diciembre fué trasladada la sagrada efigie desde su santuario de Guápulo á la iglesia catedral acompañada de una apiñada multitud de fieles, que con lágrimas y gemidos pedían el alivio de su Prelado á la que es con justicia aclamada *Salud de los enfermos*. El Vicario General de la diócesis dispuso se celebrase con igual fin una piadosa rogativa en la Catedral.

En aquellos tiempos había en Quito la costumbre de cantar solemnemente el Rosario; y á este intento, de las principales iglesias de la ciudad salía una procesión en el día de la semana que tenía asignado. Á la Catedral le correspondía el domingo. El 30 de Diciembre del citado año 1696, tanto por razón de la rogativa como por ser domingo, salió de la referida iglesia la procesión del Rosario, á la cual asistió concurso extraordinario y de lo más selecto de la sociedad, como el presidente de

(1) *Documentos literarios del Perú*, colectados por D. Manuel de Odriozola, Tomo 4.

la Real Audiencia y las autoridades civiles, judiciales y militares, el clero etc. Las informaciones hacen subir el número de los asistentes á 500, y cantaban con sumo fervor las preces del salterio mariano.

Llegó la procesión al atrio de san Francisco en el momento preciso en que concluía la primera decena del Rosario. Dióse con una campanilla la señal convenida, púsose de rodillas todo el concurso y los cantores empezaron el *Gloria Patri*, cuando levantando la voz un sacerdote comenzó á exclamar: ¡¡*La Virgen!*! ¡¡*La Virgen!*! Á los gritos del clérigo volvieron todos la vista hacia el punto del cielo que él señalaba con el dedo. Eran las cinco de la tarde; el aire estaba sereno, y al lado del oriente, destacándose sobre el limpio azul del firmamento, asomaba una imagen gigantesca de la Santísima Virgen, formada como de una nube blanquísima y resplandeciente, suspendida entre el cielo y la tierra: alcanzábanse á percibir distintos los rasgos del rostro, un tanto inclinado hacia el Divino Niño, que sostenía en el brazo izquierdo, mientras en el derecho extendido llevaba á manera de cetro un ramo de azucenas. La aparición se mantuvo en el aire por algunos segundos, y desapareció así que comenzaron á entonar de nuevo los cantores la salutación angélica.

Terminada la procesión, las personas principales que habían intervenido en ella acudieron al Vicario General de la diócesis á darle cuenta de lo ocurrido, el cual ordenó se recibiese una información minuciosa, en la que declararon bajo la santidad del juramento once testigos de los más calificados, tanto eclesiásticos como seglares.

El portento de la Nube fué confirmado por la curación inesperada y rápida del Ilmo. Sr. Obispo Andrade; pues desde el momento mismo de la aparición comenzó á convalecer felizmente quedando sano pocos días des-

pués, viviendo seis años más sin novedad alguna en la salud. Y en muestra de gratitud no sólo autorizó el culto de Nuestra Señora de la Nube entre sus diocesanos, sino que erigió en la Catedral de Quito un altar especial á tan santa y hermosa advocación. Distinguidos artistas pintaron algunos cuadros, siendo los más importantes los que se veneran en los santuarios de Guápulo y Quinche.

Desgraciadamente la inconstancia humana fué causa de que olvidase Quito muy pronto el insigne favor que le había dispensado la Reina del cielo. Al verificarse el primer centenario, el 30 de Diciembre de 1796, el alcalde de la ciudad, D. Joaquín Montúfar, logró que se imprimiera la información canónica y que se celebrara una fiesta solemnisima; pero el entusiasmo que esta solemnidad excitó en los ecuatorianos, fué momentáneo no más, ya que muy presto volvió á apagarse. Estaba reservada esta gloria para el segundo centenario de 1896, valiéndose la divina Providencia de un suceso humilde en la apariencia, verificado en la ciudad de Cuenca.

En el convento de la Merced de Cuenca, actualmente confiado á la Congregación diocesana de Sacerdotes Oblatos del Sagrado Corazón, hallábase en 1890 peligrosamente enfermo uno de ellos, desahuciado ya y próximo á la muerte, según el parecer de los facultativos. El Superior del Instituto acudió á la Virgen Santísima de la Nube ofreciéndole colocar un cuadro de la aparición milagrosa en el convento, si el enfermo obtenía la salud. Se ablandaron las entrañas maternas de María, otorgó en el acto la gracia pedida, y á los pocos días un hermoso cuadro de Nuestra Señora de la Nube era colocado en la iglesia, con permiso de la autoridad eclesiástica. No tardó la santa imagen en ejercer atractivo oculto, pero irresistible sobre las almas. Muchas personas se llegaban á venerarla con profunda devo-

ción. En cambio la Señora se complacía en favorecerlas con singulares beneficios, sobre todo en el alivio de los enfermos. Varias son las curaciones portentosas que se refieren obtenidas por la santa imagen.

Quizás esto influyó de un modo eficaz para que, al acercarse la fecha del segundo centenario, los Ilustrísimos Prelados de toda la República ecuatoriana expidieran pastorales llenas de sabiduría, erudición y unción evangélica, ordenando novenas ó triduos para conmemorar el fausto acontecimiento de la aparición. Se celebraron al efecto fiestas suntuosísimas, con comuniones generales y misas cantadas; y elocuentes oradores pregonaron las glorias de Nuestra Señora de la Nube. En Quito se organizó una procesión á la que asistieron más de doce mil fieles, entre ellos los Ministros del Gobierno de la República. El Ilmo. Sr. Arzobispo, D. Pedro Rafael González, en su importante Pastoral de 5 de Diciembre de 1896, dice que, deseoso de que el culto de Nuestra Señora de la Nube se propague, por creer que será fuente de preciosas gracias, ha acudido á la Santa Sede sometiendo á su fallo soberano el prodigio, y pidiendo oficio y misa propios si resultare favorable. Además prometió dedicar el Santuario de Guápulo á Nuestra Señora de la Nube, para que llegue á ser, como en otros tiempos, uno de los centros más notables de la devoción popular á la Santísima Virgen, á donde afluyan en edificantes peregrinaciones cuantos se afanan por honrar á la Madre de Dios.

Guápulo fué en un tiempo para el Ecuador lo que Zaragoza para España y Einsiedeln para Suiza, el centro primero de las devotas romerías, la causa de la devoción nacional á la Santísima Virgen. «Saliendo de Quito con dirección al Nordeste, dice un piadoso autor, después de atravesar la hermosa llanura de Ejido, al cabo de una hora escasa de camino, encuéntrase el puebleci-

llo de Guápulo, situado en uno de los escalones de la rápida pendiente que desde las alturas del Ejido conduce hasta las profundidades del río Gaillabamba. Al asomarse á los últimos bordes de la planicie mencionada y dirigir la vista hacia las profundidades donde se precipita el sendero, se ve allí dentro, resaltando en medio de oscuros bosquecillos, una hermosa iglesia coronada por elegante cúpula, flotando entre el pintoresco pero algo sombrío paisaje que le cerca, á semejanza de una abadía benedictina oculta entre los riscos de los Alpes, ó un monasterio de Maronitas velado por un bosque del Líbano. Frente por frente del espectador, allá lejos se destaca el ancho y dilatado valle de Puenbo, surcado por quebradas paralelas y profundas, que descienden desde la cima de la cordillera oriental, á cuyas faldas descansa aquella extensa planicie. Tal es el santuario de Guápulo. Si se penetra en él hállase una de las más suntuosas iglesias que se han construído en el suelo de Quito. Sus altos y calados muros, aunque hoy desiertos y silenciosos, parecen todavía perfumados con las nubes del incienso y envueltos en las ondas de armonía de las antiguas y renombradas romerías con que acudían los pueblos á venerar á la desaparecida imagen de Nuestra Señora de Guadalupe» (1). Se veneraba pues en el santuario de Guápulo una estatua de Nuestra Señora de Guadalupe, tallada en 1586, á principios de la colonia, por el escultor español Diego de Robles. Era enteramente parecida, por ser obra del mismo artista, á la célebre imagen del Quinche.

(1) *Nuestra Señora de la Nube* por el R. P. Julio Matovelle. Este ilustrado sacerdote, dice el prólogo de los editores del opúsculo, ha trabajado vivamente por extender en todos sentidos el amor y la devoción á la Reina de los cielos, haciendo conocer en la República entera la admirable advocación de Nuestra Señora de la Nube.

Desapareció la santa efigie á mediados del siglo XIX á consecuencia de un incendio que se declaró en Guápulo. En ese histórico santuario es donde se ha colocado á Nuestra Señora de la Nube para que reflorezca su culto y aumente el amor que le profesan los ecuatorianos.

CAPÍTULO VIII

La Virgen del Rocío (Ecuador)

Un grupo da cincuenta ó sesenta casas junto á una iglesia pobre, pero aseada; un río cristalino y hermoso que vigoriza en su carrera los añosos y verdes sauces, los capulíes y los molles que crecen en su orilla; el olor suave y delicado que despiden las retamas, las verbenas y otras flores silvestres que nacen en la pradera; y allá distantes, como nido de palomas, las humildes chozas del trabajador que cuida de las inmensas dehesas, donde mugen mil vacadas; es todo lo que descubre el viajero al llegar á Biblián, pintoresco pueblecito de una de las provincias del Azuay en la República del Ecuador.

Hacia el lado occidental de este pueblo se levanta una colina, que no es sino un picacho de la majestuosa y poética cadena de los Andes, que se pasea por toda la América meridional. Desde la tal colina se descubre una blanca y pequeña ermita, donde se venera una imagen del Corazón Inmaculado de María, bajo la advocación del *Rocío*, cuya historia sencilla y conmovedora consigno en estas líneas, que, como sincera muestra de mi ternura y amor, las consagro á esa celestial Campesina.

Las provincias del Azuay, á pesar de los inmensos beneficios que reciben del cielo, por ser ellas tan amantes del culto eucarístico y tan celosas de la gloria de Dios, tuvieron que atravesar allá por los años 1882 y

1883 por una de las más terribles pruebas. La Justicia Divina privó á esos pueblos de la benéfica lluvia, y los campos antes hermosos y perfumados por las flores que anunciaban al fatigado agricultor una abundante cosecha, estaban áridos y secos, pues aun los cardos y las hierbas salvajes, que habitaban en la roca y en el monte, se doblegaban calcinados por un sol abrasador. Parecía entonces como si todo hubiese muerto; ya no murmuraban las aguas del río, ni se oían los arrullos de la tórtola. Las aves todas habían huído, porque no veían en el campo la dorada espiga de los trigos, ni la blanca mazorca de los maizales; y las golondrinas no habían venido este año á mendigar un hueco en los tejados de las casas donde morían de hambre, junto á un hogar sin lumbre, los antes venturosos azuayos.

Cuenca, la capital de la provincia, veía caer muertos de hambre á centenares de infelices que venían á la ciudad, creyendo encontrar el pan que no se consigue con el oro ni el poder, sino con las preces sublimes del Padre nuestro, oración brotada de los labios de Dios.

Las campanas de las iglesias sólo tocaban á muerto; y el canto de los salmos penitenciales se confundía con las plegarias del pueblo, que pedía perdón mirando el cielo cobrizo y triste y los montes negros como la desolación y la muerte. Pero el pueblo no apostató; bendijo, como Job, en medio de su dolor, á la Providencia Divina, y alcanzó misericordia mediante la oración y las lágrimas.

Diez años habían pasado desde esa época terrible. Los fenómenos metereológicos que se observaban en la atmósfera anunciaban una sequía semejante á la de 1882. Surgió entonces entre varias personas del clero la luminosa idea de recurrir á la Madre del Árbol Eterno de cielos y tierra, y buscar un sitio hermoso y elevado para colocar allí una imagen de María.

Apenas iniciado tan piadoso proyecto, un grupo de personas se comprometieron voluntariamente á tributar cotidiano culto á la *Virgen del Rocío*, nombre que se le dió para significar que por su intercesión se deseaba conseguir el rocío fecundador de los campos y el rocío celestial que calma el ardor de las pasiones y hace brotar en el campo de la Iglesia las azucenas de la virginidad y las palmas del martirio.

La sola propuesta y divulgación del proyecto bastó para que todos los pueblos de las provincias del Azuay y los demás que comprende el obispado de Cuenca, se entusiasmasen hasta el punto de solicitar todos á la vez la gloria de poseer á la Virgen del Rocío; pero la Autoridad eclesiástica designó el pueblo de Biblián.

En Diciembre del mismo año de 1893 se dió principio, en conformidad con el pensamiento y acuerdo del clero, á la fábrica de una pequeña gruta, porque no se pensaba en otra cosa por entonces. El 20 de Enero del año siguiente se colocó provisionalmente la prodigiosa imagen de la Virgen del Rocío en un hueco de la peña.

Desde que tomó posesión de este trono agreste y solitario, pero poético y conmovedor, María obra sin cesar mil portentos, como lo atestiguan los innumerables exvotos que adornan su sencillo altar, al igual que la extraordinaria rapidez con que se ha fabricado la hermosa Capilla del Rocío, que fué solemnemente bendecida por el Rmo. Prelado diocesano el día 26 de Agosto de 1894, y que tiene el carácter y goza de los privilegios de capilla pública.

Como fábrica arquitectónica pertenece al estilo moderno, y se distingue por lo fresco y delicado de sus colores, así como por la sencillez y el donaire de sus formas.

Actualmente se estudia el proyecto de levantar un verdadero templo, grandioso y admirable, según los

planos presentados por un distinguido arquitecto alemán, de la Congregación de los PP. Redentoristas. No dudo de que, mediante los afanes del Rdo. Sr. Cura de Biblián y con las limosnas que de todas las partes de la República se le envían para la fábrica de este templo, podremos en breve admirar la realización de tan hermoso pensamiento.

Para concluir estos ligeros apuntes debería relatar cómo entró la Virgen del Rocío por primera vez en la ciudad de Cuenca, y los grandes portentos que ha obrado en estos últimos tiempos en que las fuerzas del Gobierno radical se preparaban para destruir á la *ciudad del Santísimo Sacramento*, como se la llama á Cuenca por su ardiente devoción á este adorable y augusto misterio; pero no quiero entrar en el resbaladizo campo de la política, y concluiré asegurando únicamente que la ya extendida devoción á la Virgen del Rocío salvará al Ecuador, bárbaramente ultrajado por ciertos ignorantes que, llamándose representantes del pueblo, acababan de sancionar la libertad de cultos para la Nación consagrada oficialmente al Sagrado Corazón de Jesús.

Autoridades.—De la interesante revista *La Hormiga de Oro*, que se publica en Barcelona, tomamos esta relación que apareció en el número 21 de 1903 y cuyo autor es el Presbítero Sr. D. Remigio Romero León.



CAPÍTULO IX

Nuestra Señora de Chiquinquirá (Venezuela)

La hermosa Maracaibo, que se alza como una reina á las orillas del lago de su nombre, cubierta de risueños *haticos* (quintas de recreo), se gloria de ser devotísima de la excelsa Madre de Dios. Sus veinticinco mil habitantes le rinden ferviente culto, principalmente bajo los títulos de la Inmaculada Concepción, del Carmen, de la Merced y de María Auxiliadora. Pero sobre todo en el corazón de los maracaiberos está hondamente impreso el cariño á Nuestra Señora de Chiquinquirá, que las madres inoculan con la leche á sus hijos. Y nada tan justificado como esta tierna devoción; pues la imagen, que es copia de la que se venera bajo el mismo título en Colombia, tiene una historia amena é interesante, que revela las mercedes de María para con los Estados Unidos de Venezuela.

He aquí cómo lo refiere en breve síntesis el brillante literato y doctor en medicina de Caracas D. Juan Dagnino.

«En una de las calles más humildes de la ciudad de Maracaibo, á fines del pasado siglo, en una casa pajiza de unas honradas mujeres, existía un pequeño cuadro, muy pequeño, que apenas se podría comprender que representaba en apagados colores y confusos contornos una imagen de la Virgen. Aquellas almas devotas, quizás sin saber de qué imagen se trataba, tenían en mucho aprecio su pequeño cuadro, tal vez